

El discurso de ruptura social del menemismo

Hernán Fair

Hernán Fair es Becario del CONICET con sede en el Centro de Estudios del Discurso y las Identidades Socio-políticas (CEDIS), Universidad Nacional de San Martín. e-mail: herfair@hotmail.com.

Este trabajo recupera parte de la investigación realizada como tesis de maestría (FLACSO, sede Argentina, 2007). El autor agradece muy especialmente los comentarios, sugerencias y críticas realizadas por Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros, Paula Biglieri y Marcos Novaro a una versión preliminar; asumiendo, como es de rigor, la responsabilidad por los errores que pueda contener el trabajo.

Resumen

El artículo analiza el componente discursivo de ruptura social del fenómeno conocido como «menemismo». Para ello, parte del enfoque de la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau, tomando como eje un corpus discursivo basado en las alocuciones del presidente Carlos Menem durante su primer período de gobierno (1989-1995), y polemizando con las corrientes dominantes, que se centran en la dimensión de orden político, ya sea más orientados hacia el «decisionismo» o hacia el «hobbesianismo». Se sostiene que la identidad menemista logrará trascender el puro orden conservador para componer una dimensión de ruptura social. En ese contexto, pone el foco en la importancia clave del Plan de Convertibilidad, plan que logrará «vaciar» su inherente particularismo, para articular una amplia cadena de significantes. En ese contexto, concluye que el discurso de Menem logrará hacer presente un fuerte componente de ruptura o transformación social que logrará consolidar la hasta entonces frágil y endeble hegemonía menemista.

Summary

The article analyzes the discursive component of social rupture from the phenomenon known as «menemismo». To this end, it follows Ernesto Laclau's approach about hegemony. Based on a discursive corpus with axis on the speeches from President Carlos Menem during his first term of government (1989-1995), and debating with the dominant perspectives that focuses on the dimension of political order, either more oriented to the «decisionism» or towards the «hobbesianism», the article maintains that the menemist identity will be able to transcend the pure conservative order to compose a dimension of social rupture. In this context, it focuses on the key importance of the Convertibility Plan. According to it, affirms that this plan succeeds in «emptying» its inherent particularism, for articulate a broad chain of signifiers. In this context, it concludes that Menem's speech will be able to display a strong component of rupture or social transformation that achieved to consolidate the heretofore fragile and feeble hegemony of «menemismo».

1. INTRODUCCIÓN

Durante las presidencias de Carlos Saúl Menem (1989-1999) se llevó a cabo un drástico proceso de reformas de mercado que transformó de raíz la estructura económica y social del país. Estas reformas estructurales, de orientación neoliberal, contrastaban con las tradicionales políticas económicas asociadas a su partido, el peronismo. Éste, históricamente, se había caracterizado por la presencia de un Estado que intervenía fuertemente en el mercado para regularlo y asignar bienes y servicios, a través de una política industrializadora basada en la sustitución de importaciones. El menemismo, en cambio, no dudará en privatizar casi la totalidad de las empresas estatales, flexibilizar el empleo, liberalizar el mercado interno, desplegar una apertura financiera al capital transnacional y desregular la economía. No obstante la magnitud y el efecto regresivo de las transformaciones, el presidente argentino obtendrá, y logrará mantener en el tiempo, el respaldo de una amplia y heterogénea coalición social que abarcará desde los grandes grupos empresariales hasta los sectores populares.

¿Cómo se entiende que el Gobierno haya obtenido y mantenido en el tiempo el apoyo social de los trabajadores, a priori principales perjudicados por las reformas de mercado? Varias han sido las explicaciones.

En consonancia con la creciente personalización de la política (Manin, 1992), una primera perspectiva hace hincapié en la importancia de los elementos carismáticos del liderazgo menemista. El éxito del menemismo se asociaría con su particular carisma personal y su fuerte conexión con los sectores populares, mediada a través de su constante aparición en los medios de comunicación masivos (Landi, 1992; Waisbord, 1995).

Una segunda perspectiva, que comparte la importancia de los elementos «irracionales» y «emocionales» en la legitimación del Presidente, coloca el eje en la relación del menemismo con la tradición. Según varios trabajos, el éxito del proyecto menemista se debería a la nostalgia y el recuerdo en la memoria colectiva de los sectores populares de las políticas del peronismo (Borón, 1991; Sidicaro, 1995).

Intentando trascender estos enfoques, aunque continuando con el fuerte énfasis colocado en la figura del líder personalista, varios trabajos sostienen que el apoyo al gobierno de Menem se debió, más bien, al «estado de disponibilidad» en el que emergió su liderazgo, lo que posibilitaría referirse a un «consenso de fuga hacia adelante» que permitiría, a su vez, el acceso a un liderazgo de tipo «decisionista» (Novaro, 1994, 1995; Mayer, 1995) que garantice orden, seguridad y certidumbre

a través de la toma constante de decisiones políticas¹ (Palermo y Torre, 1992; Palermo y Novaro, 1996).

Una variante dentro de este enfoque sostiene, por su parte, que el liderazgo menemista no era tanto un decisionismo como un «neodecisionismo». Ello se debería a que, a diferencia de aquél, el menemismo no era estatista, sino anti-estatista. Señala, además, incorporando algunos conceptos gramscianos, que Menem representará la figura del «Nuevo Príncipe» que, frente a la situación de «amenaza» que implicaba la hiperinflación, reunirá una «voluntad colectiva nacional-popular» (Bosoer y Leiras, 1999, 2001; Kerz y Leiras, 2004).

Desde un enfoque diferente, que incorpora ciertos aspectos de esta teoría, aunque colocando mayor énfasis en el proceso de constitución discursiva de las identidades políticas, algunos trabajos sostienen que el éxito del menemismo se debe a que se constituyó como un «discurso hobbesiano de superación del caos». Desde esta perspectiva, cuyo mayor exponente es Gerardo Aboy Carlés, el discurso menemista habría dejado de lado sus componentes populistas de reforma social que caracterizaban al peronismo, para edificarse como el «Partido del Orden» para los sectores dominantes (Aboy Carlés, 1996, 2001a, 2001b, 2002, 2005).

Para otros, en cambio, la clave que explica el respaldo general de la sociedad se halla en el logro de la estabilidad económica a partir del control de la hiperinflación² (Mora y Araujo, 1991; Aznar, 1995).

Finalmente, encontramos aquellos que, desde un enfoque socio-semiótico, hacen hincapié en la importancia de las estrategias discursivas empleadas por el líder. Así, el éxito del menemismo debe buscarse en su particular «dispositivo de

¹ Muchos de los aspectos de esta teoría pueden encontrarse también en el análisis en términos de «democracia delegativa» de Guillermo O'Donnell (1992). No obstante, debemos decir que mientras que para la «teoría del consenso de fuga hacia adelante» el menemismo logrará constituir nuevos vínculos de representación política, la perspectiva «delegativa» de O'Donnell señala que el liderazgo de Menem se basará en vínculos «anti-representativos». Al respecto, véanse las críticas de los propios Vicente Palermo y Marcos Novado (1996) a este enfoque. Para un análisis comparativo del enfoque «decisionista» extendido a otros casos similares de la región, véase también el trabajo inicial de Juan Carlos Torre (1991). Para una crítica hacia ambas perspectivas, véase Eugenio Kvaternik (1995).

² Esta perspectiva centrada en la estabilidad monetaria es acompañada, en algunos casos, por la importancia ejercida por la fragmentación y heterogeneidad social provocadas por las políticas neoliberales de reforma estatal y la ausencia de alternativas tras el derrumbe del comunismo, las que habrían generado una «despolitización social» y un consenso de tipo «pasivo». En esta línea, véanse particularmente los trabajos de Daniel García Delgado (1994), Daniel Campione e Irene Muñoz (1994) y Mabel Thwaites Rey (1994).

enunciación» de «vaciamiento del campo político», inscripto dentro de la tradición peronista (Canelo, 2002, 2005).

Sin desconocer la relevancia de estos enfoques, en este trabajo se colocará el eje en la instauración del Plan de Convertibilidad. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los trabajos, que se centran en los beneficios materiales del Plan para los sectores dominantes (Pucciarelli, 1998; Basualdo, 2000, 2003, 2006), o lo consideran una «simple ley» (Barros, 2002), en lugar de un plan más amplio ligado a múltiples políticas que permitían su sostenimiento³, se hará hincapié en la imbricación del Plan dentro del discurso menemista.

En efecto, no se ha investigado aún, curiosamente, la relevancia que adquiere la constitución discursiva del Plan de Convertibilidad dentro de la identidad menemista. Pero además, la inmensa mayoría de los estudios que analizan el fenómeno conocido como «menemismo», se centran en su tipo de liderazgo personalista y neoconservador, limitándose al análisis de la dimensión «ordenadora» de su discurso (Giussani, 1990; Borón, 1991; Kvaternik, 1995; Yannuzzi, 1995; Martucelli y Svampa, 1997; Sidicaro, 1998, 2003; Aboy Carlés, 2001a, 2003, 2005; Barros, 2006). En ese contexto, resulta llamativa la ausencia de trabajos que analicen el componente discursivo de ruptura o transformación social del menemismo⁴.

En este trabajo colocaremos el eje precisamente sobre esta cuestión. Según sostenemos, la identidad menemista tendrá un fuerte componente discursivo de ruptura social. Sin embargo, el mismo sólo se hará presente de manera efectiva a partir del éxito del régimen cambiario, un Plan que logrará articular a una amplia cadena de equivalencias, consolidando la hasta entonces frágil y endeble hegemonía menemista.

1.1. Metodología

El discurso como método de análisis, y particularmente el análisis del discurso presidencial, ha sido comúnmente denigrado en las Ciencias Sociales en general

³ Nos apoyamos básicamente en los trabajos de Azpiazu (1995) y Kulfas (2001), quienes, aunque centrados en las políticas estatales vinculadas a los beneficios hacia el capital concentrado, han destacado en detalle de qué modo el Plan de Convertibilidad estuvo asociado a la profundización de las políticas de apertura, desregulación, privatizaciones y valorización financiera.

⁴ Aunque colocan el eje en la dimensión de orden político generado por su estilo de liderazgo decisionista, debemos reconocer en el trabajo de Palermo y Novaro un intento por trascender este reduccionismo que entiende al menemismo como el «Partido del Orden», o bien como un liderazgo neo-conservador (Palermo y Novaro, 1996).

y en la Ciencia Política en particular acusado de «idealista» o poco «científico». En ese contexto, frente al auge de los modelos cuantitativistas y racionalistas que se derivan del Conductismo y la Teoría de la Elección Racional (Downs, 1992; Riker, 1992), se suele señalar que el discurso carece de relevancia teórica como objeto de estudio, o que sólo lo tiene desde una visión «matematizable» centrada en el análisis de contenido de una realidad prediscursiva que es reflejada por el propio discurso. De modo similar, desde la sociología política marxista, se señala que el discurso menosprecia la primacía «objetiva» de la base material en pos de una visión «idealista» (Geras, 1987; Borón, 2000; Veltmeyer, 2006). No obstante, a partir de la modernización y el auge de la propaganda de los años '30, y en particular desde la década del '50, con los aportes de Levi Strauss, Voloshinov, Barthes y Jacobson, la teoría post-estructuralista, por un lado, y la semiótica, por el otro, iniciaron una fuerte crítica hacia estos preceptos, afirmando que no hay nada más material que el discurso y que era necesario trascender el análisis de contenido de la corriente conductista dominante (Mangone y Warley, 1994; Rivera, 1998; Follari, 2000).

Sin embargo, será recién a partir de los trabajos del segundo Wittgenstein y, sobre todo, desde la reformulación del psicoanálisis freudiano y el estructuralismo saussuriano por parte de la vertiente lacaniana (Lacan, 1987, 2003, 2006), que el discurso adquirirá primacía como objeto. En ese contexto, en los últimos veinte años han comenzado a proliferar variadas teorías discursivas, muchas de las cuales no comparten cada uno de los presupuestos mencionados (Mangone y Warley, 1994; Fabbri, 2000).

De las diversas corrientes discursivas existentes, entre las que se destacan los análisis socio-semióticos de Eliseo Verón y Teun Van Dijk, en este trabajo nos centraremos en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau (1987, 1993, 1996, 2005, 2008). Desde este enfoque, mezcla de historicismo gramsciano y post-estructuralismo derridiano, el eje se coloca en el proceso de construcción discursiva de las identidades sociopolíticas. Partiendo de la base de que toda identidad es diferencial y relacional (De Saussure, 1961), la Teoría de la hegemonía de Laclau enfatiza la importancia que adquieren los significantes (palabras, imágenes) en su función de «vaciamiento» de las demandas sociales equivalenciales. En otras palabras, parte de la primacía del significante sobre el significado señalada ya por Lacan (2003), para analizar el modo en el que algunos significantes logran trascender o «vaciar» su inherente particularismo para articular simbólicamente demandas más universales que le permiten hegemonizar, en sentido gramsciano, el espacio

social. En ese contexto, Laclau hace referencia a la noción de «significante vacío» o «significante tendencialmente vacío», para dar cuenta de la constitución de una cadena de equivalencias a partir de una dispersión de demandas fragmentadas que se unifican en un «punto nodal» (Laclau y Mouffe, 1987), actuando como contraposición a otra cadena de equivalencias amenazante del sistema ¿Y cuál es la importancia que adquieren estos significantes vacíos? El teórico argentino parte de la base de que lo que llamamos sociedad es, en realidad, la ficción del deseo de «suturar» una estructura que se encuentra necesariamente ausente. En otras palabras, asume la idea, cuyo origen se remonta al psicoanálisis lacaniano, de que existe un espacio de relaciones entre individuos y grupos que desean alcanzar una sociedad unificada, el «Uno» o «rasgo unario» (Lacan, 2006, 2008). Sin embargo, lo que tenemos en realidad es una «totalidad fallada», el sitio de una «plenitud inalcanzable». La función que cumplen estos significantes reside, precisamente, en que pese a que representan una particularidad, actúan simbólicamente refiriéndose a la cadena equivalencial como una totalidad (Laclau, 1993, 1996, 2005).

Tomando como eje este marco teórico-metodológico, que ha sido influenciado también por los aportes del primer Žizek (1992) y, más recientemente, por la perspectiva lacaniana de Joan Copjec (2006), y utilizando como referencia un corpus discursivo basado en alocuciones del presidente Carlos Menem durante su primer período de gobierno (1989-1995), nos proponemos analizar a continuación el componente de ruptura social presente en su discurso.

2. CONTEXTO DE EMERGENCIA Y CONSTITUCIÓN DEL DISCURSO MENEMISTA

El contexto de emergencia del discurso menemista nos retrotrae a inicios de 1989. La imposibilidad del por entonces presidente Raúl Alfonsín, electo en 1983, de controlar las variables económicas, con tasas de inflación que se convertirán en hiperinflación, un fuerte déficit fiscal y sobre todo, el deterioro constante de la situación política y social, que se verá acompañada de saqueos a supermercados en cientos de barrios pobres y ollas populares en reclamo de alimentos, obligarán al líder de la Unión Cívica Radical (UCR) a llamar a elecciones anticipadas y a presentar, poco después, la renuncia al cargo cinco meses antes de terminar su mandato (Martínez, 1991).

En un contexto de hiperinflación inédita en la historia del país, con índices que llegarán al 114,5% en junio, sumando un total de 613% en sólo 6 meses (*Clarín*,

07/07/89), a mediados de julio de 1989 asumirá formalmente como nuevo Presidente el candidato del Partido Justicialista (PJ), Carlos Menem. Sin embargo, una vez electo, y mientras muchos de sus votantes esperaban el «Salariazazo» y la «Revolución Productiva» prometidas durante la campaña electoral, Menem emprenderá el rumbo contrario. El Presidente argentino no dudará en llevar a cabo una alianza lisa y llana con los grandes grupos empresariales, colocando a uno de sus representantes como Ministro de Economía, y a dedicarse a aplicar un fuerte programa de reforma del Estado que incluirá la privatización de la gran mayoría de las empresas públicas, la apertura de la economía al capital transnacional y la desregulación del mercado laboral, políticas que intentará justificar afirmando la necesidad de realizar una «cirugía mayor, sin anestesia» (Gambina y Campione, 2002).

Como consecuencia de estas políticas, que contrastaban con la tradición de fuerte intervencionismo estatal que caracterizaba a su partido (Torrado, 1994; Basualdo, 2004), se asistirá en esos años a una verdadera reestructuración económica y social que terminará por descomponer la antigua «matriz estadocéntrica» (Cavarozzi, 1997). En su reemplazo, se consolidará un nuevo modelo de acumulación, un programa de reformas de mercado que venía implementándose de manera creciente desde mediados de la década del setenta, pero que a partir de allí llegaría a su apogeo (Azpiazu, 1995; Basualdo, 2006).

A pesar de este giro de 180 grados en relación a las banderas tradicionalmente asociadas al peronismo, que le permitirá a los grandes grupos económicos consolidar un proceso de creciente concentración y centralización del ingreso (Basualdo, 2000, 2003; Thwaites Rey, 2003), el Presidente logrará evitar una ruptura inmediata, e incluso mantendrá el respaldo al ajuste, de gran parte de los principales afectados: los sectores populares. ¿Qué es lo que permitió este respaldo?

3. EXPLICACIONES DOMINANTES SOBRE EL RESPALDO SOCIAL AL MENEMISMO

3.1. La teoría del «consenso de fuga hacia adelante»

Como dijimos, el Estado que emerge de la hiperinflación había perdido el control político y se encontraba en una situación caótica. Según algunos influyentes trabajos, entre los que se destacan los de Palermo y Torre (1992) y Palermo y Novaro (1996), esta situación fue generando un malestar colectivo que exacerbó la disponibilidad de la sociedad al cambio (Halperin Donghi, 1994). En efecto,

se había establecido un «consenso negativo generalizado», había que huir de la crisis como diera lugar⁵ (Palermo, 1992: 92).

En ese contexto, los diferentes sectores sociales, no sólo los populares, convergerán en «intensas» demandas de un orden que pusiera fin a esa situación de «anomia» y «disgregación de la autoridad pública», sin importar cuál fuese ese orden, con tal de que fuese alguno (Palermo y Novaro, 1996; Cavarozzi, 1997; Martucelli y Svampa, 1997). No obstante, en un primer momento, este «consenso por terminación» no implicaba un consenso activo en favor de las reformas. Si bien la necesidad de «huída» de aquel presente insoportable de «inseguridad, desorden e incertidumbre», y el temor a regresar a esa situación extrema fueron importantes para que Menem lograra el apoyo a las reformas, estos factores sólo proporcionaron la disposición a realizarlas (Palermo y Torre, 1992; Palermo y Novaro, 1996).

Para lograr que estas fueran asumidas como la opción de salida hacía falta, además, generar una operación política. ¿Cuál fue, entonces, aquella operación «específicamente política» que aseguró el acompañamiento al nuevo rumbo tomado? Según este enfoque, la clave consistió en la estrategia de unir la implementación de las reformas con el logro de la estabilidad. En este sentido, la clave del apoyo estaría en la ligazón establecida entre «economía cerrada», «estatismo» y alta inflación, por un lado, y privatizaciones, desregulación, apertura y control de la inflación por el otro (Palermo y Novaro, 1996: 236). Como consecuencia de esta ligazón, a lo que le debemos sumar el impacto crucial de la experiencia hiperinflacionaria, se formó un consenso, difuso pero perceptible, de «fuga hacia delante» (Palermo, 1992, 1999; Palermo y Torre, 1992; Palermo y Novaro, 1996). Este tipo de consenso social, cuyo rasgo principal consiste en que los costos de continuar con las reformas estructurales se perciben como inferiores a los de retroceder al caótico pasado hiperinflacionario, habría creado las condiciones favorables para que un liderazgo de tipo «decisionista» y «ejecutivista» (Novaro, 1994, 1995; Mayer, 1995; Yannuzzi, 1995) que, «en un contexto de excepción altamente propicio para tomar decisiones rápidas y fulminantes», primero señale el nuevo camino y luego construya una operación política que le permita obtener la delegación de poderes a cambio del restablecimiento del orden, la seguridad y la certidumbre (Palermo y Novaro, 1996: 124 y ss.).

⁵ Para ilustrar mejor la situación, Palermo y Novaro hacen referencia a la metáfora de una sala de teatro que se incendia. En ese contexto, no hay tiempo de pensar en cómo actuar, sino que todos lo hacen espontáneamente y de la misma manera. Otros autores, en cambio, prefieren referirse más a un proceso racional de actuación.

3.2. La teoría del «discurso hobbesiano de superación del caos»

En un interesante trabajo, Gerardo Aboy Carlés (2001a) hace hincapié, partiendo de estas premisas, aunque desde una perspectiva diferente, en la importancia de las «fronteras políticas» en la construcción de la identidad menemista. Basándose en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau, Aboy sostiene que toda identidad se constituye mediante una frontera política que establece una escisión entre la «demonización de un pasado» que alterna entre excluirse e incluirse y, al mismo tiempo, la «construcción de un futuro venturoso» que aparece como la contracara de ese pasado que se intenta dejar atrás⁶ (Aboy Carlés, 2001a, 2001b: 386).

Sabemos que hacia mediados de 1989 la situación social era desbordante. En efecto, la comunidad en su conjunto vivía una situación de disgregación de los lazos sociales, producto de la hiperinflación y los saqueos a supermercados. Esta situación no sólo expresaba el descontento de la ciudadanía con sus representantes e instituciones (Novaro, 1994), sino también la imposibilidad de lograr liderazgos que unificaran a la sociedad detrás de una idea de bien común. En ese contexto de «demandas sociales insatisfechas» (Laclau, 2005), y partiendo de la base de que toda identidad política construye una alteridad que actúa como «exterior constitutivo»⁷ (Staten, 1984), Aboy Carlés sostiene que la identidad política menemista se edificará mediante una frontera política que demonizará un «pasado» de «caos» e «hiperinflación» del gobierno de Alfonsín:

«A quienes hoy deberían estar aquí rindiendo cuentas al pueblo por el desastre que dejaron y que se dan el lujo de criticar, yo les quiero hablar muy claro y con toda sinceridad, les quiero decir que nosotros no vamos a ser socios de la especulación ni conductores de un nuevo fracaso; les quiero decir que nosotros vamos a reconstruir a la nueva Argentina sobre sólidos pilares; les quiero decir que no volverá nunca más el país en llamas, al borde de la guerra civil, de la inseguridad para los argentinos,

⁶ Aboy Carlés lo define también como «el proceso mítico de constitución de una abrupta diferencia respecto del pasado, la conformación de una identidad que deviene hegemónica y que establece una radical discontinuidad con la objetividad dominante» (Aboy Carlés, 2001a: 169).

⁷ Toda identidad requiere necesariamente una alteridad o «exterior constitutivo» que le permite «clausurar» el espacio social (Laclau, 1993). En efecto, lo político tiene como rol principal la «personificación discursiva del enemigo» (Laclau, 2005: 121). Este «exterior discursivo» (Laclau y Mouffe, 1987: 196), cuyos antecedentes nos remiten a la distinción «amigo-enemigo» de Carl Schmitt (1987), cumple la función, a partir de la existencia de lo que Laclau denomina una «frontera de exclusión» y Aboy Carlés una «frontera política», de permitir la unificación de la identidad propia, negando la ajena.

peleando por un pedazo de pan, con hiperinflación, con anarquía y con caos» (Discurso oficial del Presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, 17/11/89. Citado en Aboy Carlés, 2001a: 291).

No obstante, toda identidad política debe construir, al mismo tiempo, una «frontera interna». En ese sentido, en un contexto que puede ser asemejado al «Estado de naturaleza»⁸, el Presidente electo se constituirá mediante un «discurso hobbesiano de superación del caos» (Aboy Carlés, 1996, 2001a, 2001b, 2002, 2005).

La edificación de este nuevo orden no habría sido posible, sin embargo, sin la traumática experiencia hiperinflacionaria. Como señala Quiroga, en situaciones de tensión extrema, como la de 1989, se incrementan el pánico y la desconfianza social. Esto se traduce en un «fenómeno de desmoronamiento repentino del orden social, de pérdida de rumbo» (Quiroga, 2005: 125). Ello se debe a que la moneda no es sólo una cuestión económica que, como cree la ortodoxia liberal, se constituye en equivalente comercial de las mercancías, sino que es uno de los elementos que permiten cohesionar simbólicamente a la sociedad. Precisamente, en el contexto de caos hiperinflacionario del alfonsinismo, la imposibilidad de representar un orden que permitiera resguardar el valor de la moneda se proyectará en la desagregación y atomización de la sociedad (Quiroga, 2005: 122-123).

En respuesta a esa situación de fragmentación y disolución de lo social (Martucelli y Svampa, 1997: 336; Aboy Carlés, 2001a: 292) se requería una nueva identidad que «suturara» el espacio «dislocado» (Laclau, 1993; Barros, 2002: 155). En ese contexto, Aboy Carlés sostiene que el Presidente logrará hacerlo mediante el establecimiento de un discurso hobbesiano superador del caos. Este discurso le permitirá restaurar una «agencia de autoridad pública», garantizando un «futuro venturoso» de «orden» y «estabilidad política» frente al «caos inmediato y anterior» del período alfonsinista. De este modo, concluye este autor, el menemismo dejará de lado el tradicional componente «nacional-popular» de «reformismo social» que caracterizara al peronismo, en pos de una dimensión

⁸ En el estado de naturaleza hobbesiano, el poder está distribuido de forma pareja entre todos los individuos y, como cada quien tiende a objetivos conflictivos, la sociedad se torna imposible (véase Hobbes, 2004). Esta idea de «guerra de todos contra todos» se encuentra presente también en Schmitt, para quien, si bien la lógica que prima en lo político es la de amigo-enemigo entre Estados que buscan aniquilarse entre sí, puede darse también un «primado de la política interior», que ya no se refiere a la guerra entre dos países o «imperios organizados», sino a una «guerra civil» (Schmitt, 1987: 62).

«nacional estatal» de «integración»⁹. Se constituirá, así, en el nuevo «Partido del Orden» para los sectores dominantes (Aboy Carlés, 1996, 2001a, 2001b, 1992, 2005). En palabras de Aboy:

«La crisis hiperinflacionaria vivida en 1989 permitió la emergencia del menemismo como proceso de recomposición de una agencia de autoridad pública. Fue la crisis hiperinflacionaria la que habilitó, tras la asunción del poder de Menem, tanto la práctica desaparición de una dimensión nacional-popular de ruptura, como el privilegio de una dimensión nacional estatal de integración. En otras palabras, el desplazamiento de un horizonte en el que la identidad se vertebraba a través de una promesa reformista en materia económico-social (la justicia social) hacia el privilegio del orden y la estabilidad ante un caos inmediato y anterior. Lejos de constituirse en componentes antagónicos de una identidad (como lo habían sido a lo largo de la tradición peronista), la dimensión rupturista del menemismo se estableció respecto de un caótico pasado, haciéndose inescindible de la recreación de un orden. Ruptura respecto de la situación crítica y sutura de las diferencias como superación de las beligerancias internas fueron una y la misma cara de un discurso hobbesiano de superación del caos. El partido del orden devoró, entonces, al antiguo reformismo social acabando con el juego pendular entre ruptura e integración social» (Aboy Carlés, 2002: 28).

En este trabajo nos apartaremos parcialmente de ambas perspectivas. Si bien reconocemos la importancia que tuvo el temor al regreso a la hiperinflación, debemos recordar los vaivenes con los que tendrá que lidiar su liderazgo hasta lograr la estabilización efectiva de la economía. En efecto, durante los primeros meses el gobierno no logrará dominar del todo la inflación, e incluso experimentará un nuevo episodio hiperinflacionario, entre fines de 1989 y comienzos de 1990. En ese contexto, en el que reaparecerán, a su vez, la conflictividad social y los saqueos a supermercados (Fair, 2007b), podemos decir, con Canelo, que el «consenso de fuga hacia adelante» en realidad durará poco¹⁰ (Canelo, 2002: 18).

Del mismo modo, la situación de caos político y social, que retornará nueva-

⁹ La diferenciación entre la dimensión «nacional popular» y la dimensión «nacional estatal» que caracteriza a todo liderazgo populista ha sido definida por primera vez por Emilio De Ípola (1983) y desarrollada unos años después junto con Portantiero para referirse a las características particulares del peronismo (De Ípola y Portantiero, 1989).

¹⁰ Para una crítica más amplia de la teoría del consenso de fuga hacia adelante, véase Navarro, (1995: 455-456 y 462).

mente a finales de 1990 con una nueva estampida hiperinflacionaria que llegará a un 7% en enero, alcanzando un alarmante 27% en el mes de febrero (*Clarín*, 06/03/91), y el resurgimiento de fuertes conflictos laborales, que llegará a movilizar a un millón de trabajadores en los sindicatos de médicos, policías, transportistas, magistrados, funcionarios de la justicia nacional, metalúrgicos, bancarios, textiles y alimentación (*Página 12*, 16/03/91), difícilmente puede ser asimilado a un discurso hobbesiano que garantice el establecimiento de un orden político pacífico frente al estado de naturaleza previo de «guerra de todos contra todos»¹¹. Más bien parecía asistirse al regreso al pasado caótico de inestabilidad económica y social que se pretendía dejar atrás.

Finalmente, a diferencia de esta perspectiva, creemos que la hiperinflación, si bien necesaria para constituir su liderazgo, resultará insuficiente para consolidarlo. Para alcanzar ese objetivo sostenemos, en cambio, que el elemento crucial será el Plan de Convertibilidad. Este Plan, como veremos, le permitirá al Presidente satisfacer otras demandas que trascenderán el puro orden hobbesiano o decisionista.

4. EL PLAN DE CONVERTIBILIDAD

Hacia fines de enero de 1991, el malestar social generado por la imposibilidad de controlar la creciente tasa de inflación, lo que generará un regreso de los saqueos a supermercados y la conflictividad social, llevarán la popularidad de Menem a los niveles más bajos desde su asunción¹². Así, la popularidad del Presidente llegará

¹¹ «Cuando la gente se enfrenta a una situación de anomia radical, la necesidad de alguna clase de orden se vuelve más importante que el orden que permita superarla. El universo hobbesiano constituye la versión extrema de este vacío: como la sociedad se enfrenta a una situación de desorden total (el Estado de Naturaleza), cualquier cosa que haga el Leviatán es legítima, sin importar su contenido, siempre que el orden sea su resultado» (Laclau, 2005: 116). No obstante, creemos que el nivel de desestructuración de la hiperinflación no llegaba al extremo de exigir la reintegración de cualquier orden, como había sido, por ejemplo, el previo a la última dictadura militar. En este sentido, quizás sería más adecuado morigerar un poco este diagnóstico y referirse a lo que Gramsci denomina una «crisis orgánica» (en esta línea, véase Barros, 2002: 154), teniendo en cuenta que este tipo de crisis «no alcanzan nunca el grado de desestructuración del estado de naturaleza hobbesiano» (véase Laclau, 1996: 116).

¹² Debe destacarse que mientras en los primeros meses la popularidad de Menem se ubicará entre el 60% y el 80%, caerá a niveles bastante más bajos a fines de 1989 y nuevamente a fines de 1990, para luego volver a subir hasta colocarse en un punto medio de entre 40% y 50% de adhesión una vez finalizada la crisis (Palermo y Novaro, 1996: 230). En este sentido, se evidencia una íntima relación entre el descenso de la imagen presidencial y los momentos de crisis hiperinflacionarias (diciembre 1989 - marzo 1990 y diciembre 1990 - marzo 1991) (véase Mora y Araujo, 1991: 169). Encuestas realizadas por Mora y Araujo y

en marzo de 1991 a un piso de entre 24% (según la consultora Mora y Araujo) y 29% (según Fianza) (*Página 12*, 07/07/91 y 26/11/91). En ese contexto, el Presidente reconfigurará su gabinete nombrando como nuevo Ministro de Economía a quien hasta ese momento ocupaba el cargo de Canciller, Domingo Cavallo. El flamante Ministro, aprovechando el elevado nivel de reservas, propondrá implantar un sistema de paridad cambiaria legal de la moneda nacional 1 a 1 con el dólar estadounidense. Luego de la rápida aprobación en ambas Cámaras, el 1º de abril de 1991 entrará en vigencia la llamada Ley de Convertibilidad (Ley Nº 23.928).

La ley, que en realidad actuaba como un plan más amplio, al estar asociado a múltiples políticas que permitían su sostenimiento¹³, marcará un punto de inflexión que resultará clave. En efecto, la evidente sobrevaluación cambiaria, que permitirá un auge de las importaciones, más la apertura de la economía, que fomentará un ingreso masivo de capitales externos, producirá una importante desaceleración inflacionaria y una reaparición del crédito privado y para consumo que logrará frenar rápidamente el llamado «impuesto inflacionario». En ese contexto de motorización de la demanda interna y la inversión, estimulados por el abaratamiento del dólar, el poder de compra de las masas urbanas logrará expandirse de manera creciente y la estabilidad se traducirá en reactivación (Gerchunoff y Torre, 1996).

Discursivamente, la importancia de la paridad cambiaria se hará presente por primera vez el 1º de mayo de 1991, cuando el Presidente se refiera a los efectos del Plan:

Fianza entre 1989 y 1991 muestran, en la misma línea, una relación directa entre la reducción de la tasa de inflación y el incremento de la evaluación positiva del Plan económico y, en menor medida, de Menem (*Página 12*, 07/07/91 y 26/11/91). Estas fluctuaciones en el grado de popularidad, por otra parte, no hacen sino descalificar las explicaciones que se limitan a considerar como componente clave el tipo de liderazgo carismático (al respecto, véase Navarro, 1995: 459).

¹³ En efecto, la ley obligaba al Gobierno a que hubiere una equivalencia entre la base monetaria y las reservas de oro y divisas del Banco Central. Al mismo tiempo, impedía emitir moneda que superara el respaldo en reservas. Dado que el tipo de cambio estaba sobrevaluado, el Estado se vio en la obligación de buscar fuentes de financiamiento externo que permitieran el ingreso de divisas y mantener así la equivalencia monetaria. Esto lo resolvió, en un primer momento, desprendiéndose de gran parte de sus empresas, desregulando y abriendo la economía, y flexibilizando el empleo y, en una segunda etapa, mediante el mecanismo del endeudamiento externo. El régimen cambiario no era, por lo tanto, una «simple ley» (véase, por ejemplo, Barros, 2002: 170), sino que implicaba un plan más amplio, íntimamente ligado a una multiplicidad de políticas que permitían su sostenimiento (Azpiazu, 1995; Kulfas, 2001: 181). Sobre el particular, véase también Hernán Fair (2007 y 2008a).

«En materia económica estamos sentando las bases para la concreción sostenida y firme de la equidad y de la justicia social (...) En este contexto, hemos puesto en marcha el Plan de Convertibilidad, que inaugura una nueva y decisiva etapa de nuestra administración (...) A pesar de los innumerables vaivenes políticos, estamos otorgándole un marco institucional a las reformas de fondo de nuestro país (...) Estamos estabilizando la economía. Estamos eliminando la causa más cruel y salvaje de injusticia social, que residió en el impuesto inflacionario, pagado por los sectores más humildes. Ha renacido el crédito en la Argentina. Han bajado las tasas de interés a niveles internacionales. Comenzamos a recomponer los salarios de una manera paulatina en términos reales. Generamos condiciones para que se incremente la creación de nuevos puestos de trabajo, a través de la removilización de nuestro aparato productivo. Se han terminado las oportunidades de especulación de los actores económicos (...) Es una auténtica economía popular, insisto popular, de mercado» (01/05/91: 107-108)¹⁴.

Este nuevo orden logrará, en primer lugar, satisfacer la demanda social de «governabilidad política». En efecto, el reestablecimiento de un «país civilizado» y «en vías de crecimiento» trazará una ruptura o «frontera de exclusión» (Laclau, 1996, 2005) en relación al «caos», la «disgregación», la «ingovernabilidad» y la «amenaza de guerra civil», todos significantes relacionados con los episodios de 1989:

«En 1989, cuando asumí la conducción de la República Argentina, estábamos, como todo el mundo lo sabe, en un verdadero caos. Una inflación anual de cerca del 26.000% [sic.], la inexistencia de moneda, una desocupación galopante, varios conflictos en las calles, asaltos a supermercados, una deuda externa y una deuda interna de las cuales no sabíamos el monto y problemas a nivel internacional (...) Una serie de situaciones que había que corregir porque el sistema se había hecho ingobernable. [En ese contexto] el ex presidente de la Nación [Raúl Alfonsín] me pidió que me hiciera cargo del gobierno, al igual que empresarios y sindicalistas y el pueblo argentino, con 6 meses de anticipación» (10/08/92: 118).

«En menos de tres años hemos superado una situación de emergencia permanente, con un caos total (...) Sé que tuvimos que tramitar momentos muy duros, pero ese trámite por un camino plagado de inconvenientes, ya ha empezado a dar sus frutos. Hemos vivido de emergencia en emergencia. No podemos ser tan cortos de memoria

¹⁴ Los discursos citados a partir de aquí, salvo expresa aclaración, corresponden a Discursos oficiales emitidos por el Presidente Carlos Menem.

para olvidarnos lo que Argentina ha vivido en las últimas décadas. No podemos ser tan rápidos y alegres en nuestros juicios sin tener en cuenta lo que hemos tenido que vivir en aquellos tiempos. No podemos olvidar la historia (...) Historias que llevaron a la República Argentina al borde de la disgregación» (01/07/92: 16-17).

Ahora bien, si el vértigo ante la hiperinflación hacía demandar un líder «decisionista» y «ejecutivista» (Novaro, 1994, 1995; Mayer, 1995; Yannuzzi, 1995; Palermo y Novaro, 1996) o un «discurso hobbesiano» (Aboy Carlés, 1996, 2001a, 2001b, 2002, 2005), que garantizara principalmente el reestablecimiento del orden público¹⁵, frente al «caos» y la amenaza de «disolución de lo social», tal como insisten estos enfoques dominantes¹⁶, las demandas excedían por mucho esta cuestión. En efecto, como lo demuestran las encuestas, más importante que el reestablecimiento de una «autoridad política» que otorgara «protección» y «governabilidad», resultaba aún la demanda social de un liderazgo que produjera cambios económicos visibles para afrontar el peligro de la inestabilidad económica¹⁷. En ese contexto, ya desde su llegada al poder el discurso de Menem trazará su alteridad con respecto al «enemigo de la justicia social» que representaba el «impuesto inflacionario»:

«Entiéndase bien: la primera y fundamental batalla que deberá ganar esta economía de emergencia, es la batalla contra la hiperinflación. El principal enemigo contra la justicia social es la hiperinflación, que devora salarios y bienestar en millones de hogares argentinos» (09/07/89: 17).

«(...) Al hacernos cargo del Gobierno, nuestro primer objetivo fue combatir el más injusto impuesto que recaía no tan sólo sobre los jubilados, sino sobre toda la sociedad argentina: largos períodos de inflación y, además, como si esto fuera poco, una hiperinflación que dejó al país, cuando nosotros asumimos la responsabilidad

¹⁵ Schmitt, al igual que Thomas Hobbes (2004), sostiene que todo Estado se basa, primordialmente, en «una pacificación completa, esto es, en procurar paz, seguridad y orden», ya que «no hay subordinación ni jerarquía, no hay legitimidad ni legalidad fuera del nexo de protección y obediencia» (Schmitt, 1987: 75 y 81). Sin embargo, hace hincapié en la importancia de un líder decisionista que actúe en momentos de excepción (Schmitt, 2005). Sobre la noción de decisionismo en Schmitt, véase Gabriel Negretto (1993).

¹⁶ Así, por ejemplo, en un trabajo del 2005 Aboy continúa señalando que «en 1989 el ascenso de Carlos Menem a la primera magistratura fue de la mano de una clara promesa de recomposición de un orden frente al caos y la disolución del poder político que aparejó el proceso hiperinflacionario en el que se hundió el sistema construido por el alfonsinismo y la renovación» (Aboy Carlés, 2005).

¹⁷ En efecto, encuestas realizadas poco después de las elecciones muestran que un 64,7% de los votantes de Menem lo habían elegido para que solucionara la crisis económica (*Página 12*, 28/05/89).

de conducir su destino, con más de un 200% mensual y cerca del 3.000% anual de inflación» (03/07/91: 18).

En contraposición al «fantasma» de la hiperinflación, el éxito del Plan de Convertibilidad permitirá terminar con ese «cáncer voraz»:

«(...) Nuestro Gobierno ha puesto límite a un cáncer voraz que, al tiempo que distorsiona la economía misma, la contamina con un vocabulario ocultista. Este proceso ahuyenta toda posibilidad de confianza de nuestra sociedad. Me refiero concretamente a la hiperinflación» (07/06/91: 170).

«Basta volver a 1989, con un proceso hiperinflacionario impresionante, con empleados de comercio que antes de vender se dedicaban a remarcar, porque de un día para otro, la inflación superaba todo. Era el peor impuesto que teníamos, y fíjense que, después de muchos años, en este mes la inflación no ha superado el 2,6% y en cuanto a los precios mayoristas es récord en los últimos 30 años, con el 0,4%; de la construcción, el 0,1%, y se está reactivando la economía en la República Argentina» (05/08/91: 95-96).

De este modo, el Presidente alcanzará algo que «parecía casi imposible» en nuestro país: el «logro histórico» de la «estabilidad económica»:

«Este Presidente (...) nos ha llevado a la conquista de algo que parecía casi imposible para esta Argentina: la estabilidad económica. En este país aparentemente agotado en marchas y contramarchas, de ineptitud funcional, de inmoralidad administrativa, la estabilidad constituye un logro histórico. Así, derrotamos la hiperinflación y tomamos por las astas un Estado herrumbroso para transformarlo eficientemente. Las arcas vacías comenzaron a llenarse con la recaudación fiscal. La moneda empezó a tener valor real, luego de años de haber sido papel de colores. En definitiva, resucitamos un país que parecía condenado al olvido de los que viven dentro y fuera de él» (29/08/91: 159).

«La Ley de Convertibilidad ha otorgado estabilidad a la economía argentina, manteniendo una paridad cambiaria que no sufre alteraciones, y registrando los índices de inflación más bajos de hace muchísimos años» (18/11/91: 126).

Esta estabilización monetaria beneficiará sobre todo a los sectores populares. En efecto, eran aquéllos los que más se veían perjudicados por el incremento diario de los precios, ya que, a diferencia de los sectores más acomodados, trasladaban

en mayor medida que los demás sectores una porción importante de sus ingresos a la compra de productos de primera necesidad. En ese contexto, el Presidente se referirá a la importancia que tenía para los sectores más desfavorecidos el haber logrado mantener estable el precio de las mercaderías. En sus palabras:

«(...) Estabilidad: esa estabilidad, que le permite a usted señora, comprar una mercadería a un peso, e ir al día siguiente y comprarla quizás a un peso o a noventa centavos. Esta es la realidad actual en la República Argentina» (22/01/93).

Pero además, beneficiará a la población en su conjunto, que podía observar en su práctica cotidiana que con el 1 a 1 se habían terminado definitivamente las prácticas corrientes del período alfonsinista, basadas en el desabastecimiento de combustibles, la remarcación diaria de mercaderías y la compra de divisas para resguardarse de la inflación:

«Cualquiera de ustedes me puede responder rápidamente a cuánto paga la nafta ahora y a cuánto la pagaba dos años atrás. El mismo precio. O por ahí, algunos productos de la canasta familiar. El mismo precio. ¿Recuerdan ustedes en 1989 las colas interminables de autos para cargar combustible y evitar así pagar más al día siguiente porque el precio subía todos los días o en los comercios que ocupaban gente para remarcar la mercadería de noche o aquellos que recibían unos australes y los iban a cambiar por dólares (...) [Ahora] ya no corremos a cambiar los australes por dólares; por ahí vamos a cambiar los dólares por pesos, que es cosa totalmente distinta» (10/07/93: 69).

En resumen, mediante la institución del régimen cambiario se logrará satisfacer la demanda de una «falta originaria» (Laclau, 1996: 162) en el orden social, la existencia de un bien ausente como era la estabilidad política, en contraposición a la violencia y la descomposición social. Las demandas, sin embargo, excedían el puro orden político. En efecto, el «orden de la comunidad» sólo llegaría cuando se terminase con el «impuesto inflacionario» y se lograra la estabilidad económica. Precisamente, el Plan de Convertibilidad incentivará, a partir de la sobrevaluación cambiaria, la reducción de las tasas de interés y la apertura de la economía al capital transnacional, un «boom» de inversión y consumo interno que, junto a las expectativas favorables generadas por la institucionalización de la paridad, permitirá un rápido control de los episodios hiperinflacionarios. Así, la inflación, que en marzo de 1991 había alcanzado un 11% (*Clarín*, 04/04/91), disminuirá

a sólo 3,1% en junio y 2,6% en julio, llegando a un mínimo de 1,3% en agosto (*Página 12*, 05/07/91; *La Nación*, 02/08/91 y 31/08/91). De este modo, con tasas que registraban el índice más bajo desde marzo de 1974 (*Clarín*, 04/09/91), y que al mes siguiente decaerían aún más, al sumar sólo un 0,4% (*Página 12*, 04/10/91), el Presidente terminará de coronar la demanda, incompletamente satisfecha hasta ese momento, de estabilización económica:

«Piensen cómo estábamos en 1989 y cómo está actualmente la República Argentina. No teníamos moneda y ahora tenemos una moneda fuerte; no había estabilidad y ahora hay estabilidad; no había posibilidad de cambiar un peso en el resto del mundo, porque no había confiabilidad en Argentina, y ahora, en cambio, nuestra moneda se cotiza en algunas partes del mundo, y aquí esa moneda que circula tiene un respaldo total y absoluto en oro y divisas, cosa que no ocurría en 1989 cuando heredamos el Banco Central» (24/02/93: 71).

«En 1989 estábamos al borde de la guerra civil, el Banco Central tenía un rojo de casi 6.000 millones de dólares y actualmente tenemos reservas por 6.000 millones de dólares y una Ley de Convertibilidad garantizada (...) Está totalmente consolidada la estabilidad económica nacional» (citado en *Página 12*, 26/12/91).

Pero además, el abaratamiento del dólar había permitido el acceso al crédito barato para adquirir electrodomésticos, autos y viviendas, la posibilidad de viajar al exterior y la incorporación a precios módicos de los adelantos tecnológicos de los países desarrollados¹⁸.

«Para aquellos que tienen falsa memoria, para aquellos que, como decimos en la calle, se ‘hacen los osos’, les quiero recordar que en 1988-89, un trabajador que quería comprar un televisor necesitaba 8 sueldos y pagarlo al contado. Ahora, un trabajador que quiere comprar un televisor necesita un solo sueldo y lo puede pagar en 12, 18 o 24 cuotas. Hemos recuperado el crédito a partir de la confianza en la República Argentina» (29/09/93: 496).

«Volvió el crédito a la República Argentina. Yo siempre pongo como ejemplo el caso de que antes un trabajador necesitaba ocho sueldos, es decir, ocho meses de sueldo

¹⁸ Un análisis que comprueba a partir de una serie de entrevistas la importancia de estas prácticas de consumo en la legitimación del menemismo puede verse Alejandro Isla, Mónica Lacarrieu y Henry Selby (1997). Hemos trabajado este tema también en Fair, 2008b.

para comprar un televisor. Ahora lo puede comprar con un sólo sueldo y en cuotas de hasta 18 meses. En 1989 las fábricas de automóviles no superaban las 90.000 unidades por año; actualmente, estamos superando las 300.000 por año» (25/10/93: 48-49).

El fuerte incremento del consumo, que alcanzará niveles inéditos del orden del 25,1% en 1991, 30,9% en 1992, 13,7% en 1993 y 18,2% en 1994 (*Síntesis informativa*, N° 323, 1995), y de las inversiones en maquinaria y equipo, que se expandirán a niveles exorbitantes para nuestro país debido al auge del crédito y la liberalización comercial (Grandes, 1999), permitirán, además, un fuerte e inédito crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI). Así, el PBI, que había caído un 6,2% en 1989 y crecido sólo un 0,1% en 1990, se incrementará un 8,9% en 1991, un 8,7% en 1992, un 6% en 1993 y un 7,1% en 1994 (*La Nación*, 15/05/95). En ese contexto, que elevará fuertemente la productividad y la demanda laboral (*Síntesis informativa*, N° 323, 1995), al tiempo que disminuirán relativamente los índices de pobreza¹⁹, el Presidente podrá afirmar que:

«En sólo cuatro años y medio de gobierno, hemos conseguido esta transformación que, por ejemplo, ha llevado a la República Argentina a colocarse entre los cuatro países que más crecieron en estos últimos tres años, en lo que hace a su Producto Bruto Interno. Ha subido la producción, reitero, ha crecido en forma significativa el consumo, han disminuido los índices de pobreza y se acrecienta la demanda laboral» (24/11/93).

Del mismo modo, Cavallo se referirá también a los efectos del incremento del consumo y del crecimiento económico sobre el nivel de vida a partir del Plan de Convertibilidad:

«Mejóro el nivel de vida de los argentinos a partir del aumento del nivel de ingresos y de consumo promedio. Si uno compara el consumo de la Argentina respecto del período 89-90, van a ver que todos los indicadores dan un aumento del consumo de

¹⁹ Según datos oficiales del INDEC, los hogares pobres en el Gran Buenos Aires se reducirán desde un 38,2% de octubre de 1989 a 21,9% en mayo de 1991, alcanzando niveles del 16,3% en mayo de 1995. Al mismo tiempo, los índices de indigencia caerán, durante el mismo período, de 11,6% a 3,6%, recuperándose levemente a 4,3% durante mayo del '95. En cuanto a las personas pobres, los índices oficiales del Gran Buenos Aires señalan, para similar período, una reducción del 47,3% a 28,9% y 22,2%, respectivamente, al tiempo que las personas en situación de indigencia lo harán de 16,5% a 5,1%, expandiéndose levemente a 5,7% (datos extraídos de www.indec.gov.ar).

un 30% y esto tiene que ver con un crecimiento que ha tenido la economía en los últimos años en el orden del 26% del PBN» (*Página 12*, 21/01/94).

Estas transformaciones económicas, que habían permitido un crecimiento inédito del PBI, la inversión y el consumo, contrastando con la Argentina «decadente», «frustrada» y «descontrolada» de años anteriores, le permitirán a Menem afirmar con júbilo que el nuevo orden implicaba para la Argentina la «inserción» al «mundo moderno»:

«Les quiero expresar la inmensa alegría que siento en estos momentos al compartir (...) un cambio en la República Argentina. Un cambio en su historia, un cambio en lo que hace a la cuestión económica. Un cambio en lo que respecta a la Argentina decadente, frustrada, descontrolada entre todos los sectores de la comunidad. Una Argentina que cambia y se reinserta con posibilidades de convertirse en un gran país, rector en algunos aspectos a nivel internacional» (31/07/91).

«Estamos abriendo y destrabando la economía, mediante una decisión política que también constituye un camino de integración y de inserción internacional (...) [Esto implica] acelerar nuestro proyecto de incorporación a los cambios mundiales» (07/06/91: 166-167).

Al mismo tiempo, le permitirán al enunciador reforzar la frontera de exclusión en relación a la cadena equivalencial externa²⁰ (Laclau, 1996, 2005) simbolizada por los significantes Argentina vieja = atraso = involución = decadencia = aislamiento = frustración = estancamiento, todos significantes vinculados al período previo, frente a una cadena equivalencial interna representada por una Argentina nueva = moderna = progreso = desarrollo = crecimiento = triunfo = proyección:

«Hay una Argentina vieja, la del atraso, la de la involución, que se va, y una Argentina nueva, la del progreso, la del crecimiento, con una nueva mentalidad que está naciendo» (25/04/91: 90).

«Pésimas y fraudulentas administraciones dieron como resultado un Estado elefantiaco, con tremendos déficit constantes en las cuentas fiscales, el desborde continuo de los gastos públicos y la evasión delictiva en el campo de los impuestos y también en

²⁰ En los términos de Aboy Carlés, le permitirá reforzar la «frontera política» conformada en relación al caos de la hiperinflación del «pasado» alfonsinista.

el campo previsional. Había, sin duda, un aislamiento de la Argentina en el mundo [...] (Ahora) nos estamos dirigiendo hacia el mundo desarrollado, moderno y en crecimiento» (30/10/91: 55).

«Hemos vivido de fracaso en fracaso durante muchas décadas, pero ahora, nunca más el fracaso, nunca más el estancamiento, nunca más la involución, nunca más el enfrentamiento. Ha llegado la hora de los triunfos, del crecimiento, del desarrollo, de la proyección de Argentina, de este bendito territorio, hacia otros rincones de la Tierra» (21/12/93: 246).

De este modo, además, la Argentina recuperaba su espacio de «afinidad natural» con las grandes potencias mundiales:

«Una serie de dificultades externas e internas nos alejaron del camino del progreso económico, separándonos de los países con los que compartíamos afinidades naturales. Hoy, con alegría, puedo asegurar que hemos reencauzado nuestro país en la senda de la democracia política, el crecimiento económico y una ubicación internacional al lado de nuestros amigos» (23/11/93: 169).

5. LA RUPTURA MENEMISTA

Como vimos, la perspectiva dominante en el análisis del discurso menemista señala que éste habría dejado de lado su componente reformista de ruptura o reforma social, propio de la tradición peronista (De Ípola y Portantiero, 1989), para transformarse en el «Partido del Orden», o bien en un liderazgo decisionista/neodecisionista/neoconservador que garantizó el reestablecimiento de la autoridad pública y la paz social frente al «peligro de disolución social» del período previo. Sin embargo, lejos de constituirse el menemismo en el Partido del Orden para los sectores dominantes²¹, dejando a un lado, como sostienen varios trabajos, la

²¹ Este enfoque se encuentra presente también en algunos trabajos de Sidicaro, para quien, en un contexto de hiperinflación que llevó a la «disolución de los tejidos sociales», Menem llevó a cabo una ruptura con la tradición populista para constituirse en el «Partido del Orden» (Sidicaro, 1998 y 2003). Desde una perspectiva diferente, Sebastián Barros señala también en el menemismo la presencia de un discurso centrado en el reestablecimiento del orden a partir de la unidad y reconciliación social. En ese contexto de ausencia de una «inclusión radicalizada» más allá de la noción de «unidad nacional» que se contrapone a la «crisis Terminal», Barros concluye que «no existía una ruptura de la comunidad institucionalizada en el discurso de Menem» (Barros, 2006: 145-162).

agregación de demandas sociales de los sectores populares más allá del reestablecimiento del orden político ausente (Novaro, 1994, 1995; Yannuzzi, 1995; Bosoer y Leiras, 1999), un análisis más profundo del discurso menemista nos permite observar la presencia de un fuerte componente de ruptura o transformación social que incluirá, a partir del éxito del Plan de Convertibilidad, una serie de significantes simbolizados por una cadena equivalencial interna que representará el logro de la estabilidad, el orden, el crecimiento, el desarrollo y una «moneda fuerte»:

«¿Qué es lo que hemos conseguido? (...) Nada más ni nada menos que la estabilidad, el desarrollo, el crecimiento, que han llevado a nuestro país a ser considerado como uno de los ejemplos en el mundo entero» (10/12/93: 225-226).

«Existe estabilidad en nuestro país, desarrollo, crecimiento y contamos con una moneda fuerte, sólida, consolidada, que nos ha permitido superar etapas muy difíciles, yo diría de décadas en la República Argentina» (25/10/93).

En efecto, a partir del éxito del Régimen de Convertibilidad, el Gobierno había logrado terminar con una larga historia de especulación²², caos y desorden, estabilizando la economía y logrando una moneda «fuerte» y una economía «sana»:

«Estamos cambiando el rumbo de la historia en la República Argentina, porque se acabó la Argentina de la especulación, del desorden, del caos (...) Tenemos la Argentina de la producción, del trabajo, del orden, y, fundamentalmente, de la plena vigencia de la ley, la Argentina de la estabilidad, la Argentina que se expresa a través de su soberanía en todos sus actos, a través de una economía sana, con una de las

²² En realidad, la especulación no terminará, sino que incluso se incrementará durante el menemismo, a partir de la posibilidad de los grandes grupos económicos de potenciar sus ingresos mediante la fuga de capitales y el mecanismo de la valorización financiera (al respecto, véanse Basualdo, 2000 y Kulfas, 2001). Lo importante, sin embargo, no es tanto lo que realmente sucede, sino cómo es percibido discursivamente en la sociedad. En ese contexto, ¿cómo se explica que el Presidente afirmara que había sido eliminada? A nuestro entender, la clave se encuentra en que, mientras que durante la hiperinflación la especulación era «visible» (por ejemplo, con las típicas «corridas» cambiarias), y favorecía efectivamente a los sectores medios y sobre todo altos, que podían comprar dólares en mayor volumen para especular mediante plazos fijos a corto plazo o inversiones en bienes inmuebles, la valorización financiera de comienzos de los '90 era «invisible», en el sentido de que no se materializaba en la realidad cotidiana como aquella, y cuando lo hacía (generando déficit), no se percibía ni se comprendía la relación directa entre ambas variables. Debemos recordar, en este sentido, que la relación entre el déficit del sector privado y la absorción por parte del Estado mediante endeudamiento externo no era un comentario que se supiese «a viva voz», y menos aún en los sectores populares.

monedas más fuertes del mundo. Ustedes recordarán que antes vivíamos pendientes del dólar; ahora, gracias a Dios, tenemos una moneda fuerte y una economía sana, y vivimos pendientes de lo nuestro, de nuestra economía, de nuestra estabilidad y de nuestra Convertibilidad» (29/04/93: 202).

«Argentina es un país que se ha estabilizado; Argentina es un país donde rige una Ley de Convertibilidad que se cumple (...) Esta mañana, inaugurando un hospital, a algunos que escuchaban mi mensaje, mis palabras, especialmente gente humilde, gente de trabajo, les recordaba lo que ocurría hace poco tiempo en la República Argentina; cobraban sus salarios y tenían que correr a cambiarlos por dólares, caso contrario, a los diez días tenían la mitad del valor del salario. En este momento, si ustedes quieren guardar un peso en la República Argentina, lo pueden guardar por dos o tres años y tengan la seguridad que transcurridos esos años, va a tener el mismo valor. Estos son los resultados que hemos conseguido, desde una conducción política firme, con mucho coraje, una economía totalmente ordenada, en desarrollo, en crecimiento y con proyección hacia lo internacional» (20/09/93: 398-399).

Pero además, a partir del éxito de su gobierno, el país había dejado a un lado décadas de «estancamiento», «frustraciones» y «fracasos» para alcanzar un «desarrollo» económico y una «inserción» en el «orden global»:

«No hay ninguna duda que la República Argentina, en los últimos cuatro años, sufrió una profunda transformación. Una transformación, diría yo, de 180 grados, en lo que hace al curso de los acontecimientos. Una transformación que cambia una larga y triste historia en nuestro país; una transformación que ha eliminado, en gran medida, una especie de estancamiento, de frustraciones y de fracasos en las últimas décadas, que nos ha llevado a lugares que los argentinos no nos merecíamos ni nos merecemos en el contexto de las naciones del mundo» (22/09/93: 419).

«Esto es producto del proceso de transformación que estamos llevando a cabo desde hace apenas cuatro años, un proceso de transformación que nos ha dado la posibilidad de emerger en tiempo récord de una crisis sin precedentes en nuestro país. Una crisis de todos sus sectores, avejentados, totalmente anticuados, sin ninguna posibilidad de resurgir de esta crisis en un mundo cambiante, trascendental, revolucionario en sus cambios» (12/07/93: 81).

Esta transformación, sin embargo, no era igual a la del resto de los países: se trataba de una transformación «inédita»:

«En la Argentina, no es un secreto para nadie, hemos iniciado, hace ya cuatro años, un gran proceso de cambio: un proceso de transformación inédito en esta parte del mundo y en muchas partes de nuestro planeta. Un proceso que, apenas en cuatro años, nos ha posibilitado salir de una situación de estancamiento, de involución, de fracasos y de enfrentamientos, prácticamente constantes en las últimas décadas» (08/11/93: 77).

«Un Gobierno que ha puesto en marcha un proceso de transformación del que no se tiene memoria no tan sólo en la República Argentina, sino en varias partes del mundo» (06/10/93: 13).

Y estos cambios se materializaban plenamente en la «realidad» de los hechos «concretos»:

«Nuestra Argentina se ha proyectado en forma excepcional hacia el resto de nuestro continente y hacia el resto de nuestro planeta, y se ha proyectado a partir de obras, a partir de propuestas, a partir de realizaciones» (22/01/93: 30).

«Hechos concretos, diría más, concretísimos, que la Argentina ha generado, en el marco de su política exterior y de su política interna (...) Una transformación estructural sin precedentes, para estar a la altura de los nuevos tiempos. No declamamos. Hacemos. No prometemos. Cumplimos. No ofrecemos ilusiones huecas. Construimos nuestra esperanza a partir de obras tangibles (...) En definitiva, la Argentina también ha derribado el muro de prejuicios y de aislamiento, para insertarse en un mundo que, para nosotros, tiene un común denominador: la integración económica, política y social de todos sus miembros» (18/11/91: 130).

Además, eran reforzados por los comentarios del resto de la «comunidad internacional»:

«Argentina tiene presencia en el mundo. Argentina marca rumbos en Latinoamérica y no porque lo diga el Presidente de la Nación, sino que lo dicen otros Jefes de Estado, otros pueblos del mundo (...) Por eso me siento muy feliz de concurrir acá, lo digo con toda humildad, como el Presidente de la transformación de la República Argentina, del cambio de la República Argentina; de un país sin futuro y sin expectativas, convertido en un país lleno de esperanzas, de fe y con grandes posibilidades de ahora en más» (10/07/93: 75-76).

En efecto, los principales medios internacionales, como el diario de negocios *Financial Times*, otrora «crítico permanente» del peronismo, ahora se refería al «proceso de transformación que vive la Argentina», lo que lo habría convertido, en «apenas cuatro años», en «el país más poderoso de Latinoamérica»:

«Ustedes recordarán cómo se encontraba Argentina en 1989 y a partir de este modelo que hemos puesto en marcha, por ejemplo, ayer leíamos en el *Financial Times*, un importante diario norteamericano que ha sido un crítico permanente de Perón, de Eva Perón y de Argentina, lo que se ha logrado en apenas cuatro años de gobierno de todos ustedes (...) Decía el *Financial Times* ayer que en este momento, pese a todo, Argentina es el país más rico de Latinoamérica. De una pobreza franciscana en 1989, con todos los problemas que ya ustedes conocen, porque son los que más lo han sufrido, nos hemos convertido rápidamente en el país más poderoso de Latinoamérica y de varias partes del mundo» (01/05/93: 223).

En ese contexto, la inserción de la Argentina en este «Mundo Uno» no era como los demás países del continente. Por el contrario, a partir del éxito del 1 a 1, nuestro país se insertaba al nuevo orden mundial como uno de sus «protagonistas» principales:

«Una Argentina activa, en transformación, que no es tan sólo mera espectadora de estas mutaciones internacionales. Una Argentina protagonista en este nuevo orden internacional surgido de la caída del Muro de Berlín, la liberación de los países del Este, la disgregación de la Unión Soviética y el consecuente fin de la bipolaridad» (12/02/92: 21).

«Ya no existen dudas sobre el momento excepcional, en lo que respecta al proceso de cambio que vive toda la humanidad, e inserta en ese proceso, saliendo de un aislamiento de años, de décadas, marcha casi a la vanguardia de los países del mundo, nuestra querida República Argentina» (18/11/93: 151).

En su primer discurso como presidente electo, Menem decía, con claras reminiscencias religiosas: «Argentina levántate y anda». Ahora, en consonancia con el mito del país potencia²³, el Plan de Convertibilidad le había permitido colocar

²³ Sobre las características de este mito sedimentado, condición de posibilidad de la ruptura social menemista, véase particularmente Juan Carlos Todesca (2006).

al país entre «los mejores países del mundo». De este modo, el Presidente había logrado «sacarlo de sus cenizas», hacerlo «caminar» a «paso firme» y «levantar vuelo» como el «Ave Fénix» hacia su inevitable «destino de grandeza»:

«Entre todos estamos llevando a cabo este proceso de transformación, de cambio, este proceso que va colocando a la Argentina entre los mejores países del mundo, sacándolo de las cenizas y dándole la posibilidad de que, como el Ave Fénix, levante vuelo hacia su destino de grandeza» (08/07/92: 48).

«No hay ninguna duda que tan sólo está de pié Argentina, sino que está andando. Está caminando con paso firme hacia su destino de grandeza, y nada ni nadie nos detendrá en este camino» (21/09/93: 408).

5.1. El discurso de la plena performatividad

En un excelente artículo escrito a comienzos de 1990 y publicado unos años después, Claudia Hilb (1994) se sitúa en el episodio de Semana Santa de abril de 1987. En ese momento, el por entonces Presidente, Raúl Alfonsín, había afirmado que «La casa está en orden» al tiempo que «pactaba» con los militares la Ley de Obediencia Debida. Es a partir de dicho suceso, y la consecuente ruptura del «pacto democrático» que había prometido defender, que se «reinstala un tipo de interpretación en términos de «pantalla»: la «realidad» no está nunca allí donde parece estar, lo visible es una pantalla, sus guardianes, los políticos»²⁴ (Hilb, 1994: 11). Según Hilb, la consecuencia de esto será el vaciamiento de la promesa y el consiguiente descreimiento en la palabra política (1994: 9). Ello se debe a que, como ya lo había analizado Austin (1998), prometer no es sólo enunciar una promesa, sino que, dado su carácter performativo, implica necesariamente realizarla. Así, cuando las promesas ya no son cumplidas, dejan de tener sentido²⁵.

²⁴ Aunque no podemos centrarnos en el desarrollo de este particular, debemos recordar que Alfonsín había llegado al poder mediante un discurso centrado en la «reforma moral» y la lucha contra las corporaciones. En ese contexto, varios trabajos señalan que cuando terminó pactando con los militares las denominadas «leyes del perdón», perdió la fuente de legitimidad que tenía su discurso. En ese contexto, se instala según Claudia Hilb (1994), una crisis de la palabra política que iguala a los políticos con la mentira y el engaño (véase también Landi, 1988). Para un análisis más detallado del discurso de Alfonsín, véanse Aboy Carlés (2001a) y Barros (2002). En cuanto a su relación con el sector militar, puede verse Canelo (2006).

²⁵ El concepto de «acto performativo», cuyos orígenes se remontan a Searle, ha sido desarrollado por el teórico inglés John Austin para dar cuenta de hechos discursivos cuya particularidad reside en que decir

Inmerso en ese contexto de descreimiento general en la palabra política y en los políticos, que «prometen mucho y no hacen nada» (Mora y Araujo, 1991; Yannuzzi, 1995), había que demostrar «hechos» que fueran «tangibles» para recuperar la confianza en una ciudadanía descreída en la política y en el discurso de la pura «retórica» de los políticos. En ese contexto, ya desde el primer día como Presidente, el discurso de Menem contraponía la supremacía de los hechos frente a la «retórica» de las palabras:

«Llego a este encuentro sin el afán de pronunciar palabras gastadas. En el primer minuto de mi Gobierno, señalé, citando a ese gran escritor que es Eduardo Mallea, que «la Argentina era un desierto poblado de palabras». Por eso mismo, quiero hablar poco y hacer mucho. Hablar para explicar acciones. Y no para ofrecer excusas» (31/10/91: 63).

«No quiero detenerlos o entretenerlos más, he dicho una y mil veces que la Argentina está cansada de palabras y Argentina y este Gobierno nacional ha optado por la contundencia de los hechos y no por el halago de las palabras, que muchas veces terminan en promesas totalmente incumplidas y en gestos de hipocresía y demagogia que no se compadecen con lo que quiere Argentina y pretende el mundo» (13/07/92: 56).

En contraposición a esta «pura retórica» de los políticos que sólo pretenden engañar a la sociedad, las transformaciones realizadas durante el gobierno de Menem no se limitaban a las meras «palabras vacías». Por el contrario, constituían una «verdadera realidad» que se materializaba mediante hechos «concretísimos» observables en la realidad cotidiana:

«No hablo de palabras cuando miro sobre el pasado y sobre el presente, hablo de hechos, de hechos concretísimos coronados con esfuerzo y sacrificio. Hablo de la reforma del Estado, de la desregulación, de las privatizaciones, de la libertad en las variables económicas, de la inserción de la Argentina en un mundo que la respeta y la valora. Hablo de la estabilidad, de la expansión económica, de la eliminación del mercado negro (...)» (14/08/93: 174).

es hacer. Así, por ejemplo, cuando un cura afirma «los declaro marido y mujer», la afirmación equivale a su efectiva realización. Del mismo modo, el concepto de promesa no puede entenderse sin su efectivo cumplimiento, ya que, de lo contrario, perdería su razón de ser (Austin, 1998).

Porque, como decía Perón, «la única verdad es la realidad»²⁶:

«Cuando llegamos al Gobierno, siempre es bueno repetirlo, teníamos una inflación de más del 200%. El mes pasado tuvimos una inflación del 0,8% y en los tres primeros meses del año no superamos el 2,5% de inflación. Estos son hechos, son realidades. Esta es la verdad, y la única verdad es la realidad. Alguien decía esto con profundo conocimiento de las cosas» (06/04/93: 147).

«Hay una cifra que yo no he citado: la disminución, por ejemplo, de los índices de pobreza. Muchos políticos y muchos hombres no políticos de otros sectores de la comunidad, han hecho referencia permanentemente a este tema de la pobreza en la República Argentina. La estamos combatiendo, pero no en base a la demagogia, sino con hechos ciertos, reales. Cuando nosotros llegamos al gobierno, el índice de pobreza estaba cerca del 30%; pobreza estructural y el índice de pobreza marginal, que ya prácticamente es la miseria, en un 9%; actualmente el índice de pobreza estructural (...) (está) en un 12% y el índice de pobreza marginal, en un 2,5%» (22/12/93: 255).

Y será precisamente en la «evidencia» tangible de los hechos cotidianos, materializados a partir de los datos estadísticos, donde se objetivará esta «realidad»:

«En sólo cuatro años y medio de Gobierno, hemos conseguido esta transformación que, por ejemplo, ha llevado a la República Argentina a colocarse entre los cuatro países que más crecieron en estos últimos tres años, en lo que hace a su PBI. Ha subido la producción, reitero, ha crecido en forma significativa el consumo, han disminuido los índices de pobreza y se acrecienta la demanda laboral. Estos son los logros que hemos conseguido» (24/11/93: 176).

«Los índices de producción y de consumo que hacen al comercio, han aumentado. Esto nadie lo puede negar. El PBI ha crecido desde 1990 a la fecha casi un 26% y hemos marginado definitivamente esos verdaderos flagelos que eran la inflación y la hiperinflación en la República Argentina» (10/11/93: 104-105).

En efecto, la «contundencia de los hechos» realizados no hacían más que «hablar por sí mismos»:

²⁶ Acerca del discurso de Perón, véase particularmente el excelente análisis discursivo de Silvia Sigal y Eliseo Verón (2003). Para una comparación entre este tipo de discurso y el menemista centrado en este mismo enfoque de análisis del discurso, véase Paula Canelo (2002 y 2005).

«El resultado de este plan económico habla por sí mismo. Nadie puede decir que no estamos mucho mejor que el año pasado. La industria está empezando a crecer, impulsada por un panorama prometedor en todo sentido. La Bolsa ha alcanzado, como todos ustedes bien saben, niveles históricos. Han comenzado a ingresar capitales extranjeros, convocados no por las buenas palabras, sino por una realidad fáctica que se hace cada día más visible a la comunidad internacional» (29/08/91: 160).

«Aquí los números hablan más que mil palabras. No mienten. No engañan. En los precios al consumidor, durante el semestre abril-septiembre, el promedio mensual de la tasa de inflación ha sido del 2,9%. En octubre fue del 1,4%. Y en noviembre, el histórico 0,4% que ustedes ya conocen» (10/12/91: 162).

Se trataba, por lo tanto, de un discurso legitimado en la performatividad de los hechos: «Nosotros no nos vamos en promesas, lo que decimos lo cumplimos» (29/04/93: 202). De este modo, frente a la inevitable brecha entre el enunciado y la enunciación, entre el decir y lo dicho, la pregunta sobre el *Che vuoi?* (¿qué quiere?) del discurso del Otro (Žizek, 1992; Lacan, 1987: 222), la performatividad de los enunciados actuaba como una respuesta que le permitía referirse a las «cosas» en su «Grado cero»²⁷, como una realidad que, eludiendo la imposibilidad del metalenguaje, se mostraba de forma transparente, sin deseos ni intereses ocultos. Así, podrá decir: «mis palabras son sinceras. Aquí no hay ningún tipo de trampa ni expresión fuera de lugar»²⁸ (27/09/93: 461-462). En pocas palabras, se trataba de un discurso de trascendencia de lo simbólico que, desandando el nudo borromeo (RSI), permitía acceder al fantasma (la fantasía) del goce absoluto, en el sentido lacaniano, a partir del ocultamiento del lazo social imaginario²⁹. Esto es, a un tipo de discurso que logrará evitar la falla inevitable de lo Real para acceder a una «verdadera realidad»

²⁷ La noción de Grado cero, originariamente propuesta por el Grupo U, hace referencia a un discurso unívoco, no figurado y, por lo tanto, «no retoricado» (véase Soto, 2005: 30-31).

²⁸ En el mismo sentido, un afiche de campaña del PJ para las elecciones de 1995 expresará, continuando con la estrategia hechos contra palabras, que «Argentina no es una promesa. Es un hecho» (*Página 12*, 02/05/95).

²⁹ El denominado «nudo borromeo» hace referencia a la anudación entre los componentes de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario (RSI). Desde este enfoque, que remite al psicoanálisis lacaniano, lo simbólico es la pura diferencia, la anudación (lazo) es solo imaginaria y lo real está vinculado con los otros dos, pero es lo que impide ese nudo imaginario constituido por lo simbólico. En este caso, la falla de lo Real es evitada en pos de una realidad que, si bien simbólica, evita este orden para hacer posible de manera imaginaria el goce del lazo social. Sobre las características de la teoría del discurso de Lacan, véanse especialmente Daniel Gutiérrez Vera (2004) y Alicia Álvarez (2006).

de las cosas de manera directa y concreta, corporizada, podemos decir también, sin la inevitable mediación subjetiva del discurso³⁰. De esta manera, apelando al relato «objetivo» y «transparente» de los hechos realizados, el discurso de Menem lograba incluir un elemento «tangible» y «observable» de transformación social, un tipo de discurso de ruptura social con el «pasado» que, al mismo tiempo, le permitía obtener una legitimación performativa de su Gobierno.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

En el transcurso de este trabajo nos propusimos analizar el discurso de ruptura social del menemismo. Para ello, polemizamos con la mayoría de los enfoques dominantes sobre el tema. En efecto, la gran mayoría de los estudios que analizan el discurso menemista hacen hincapié en su componente conservador o de «ordenamiento» social. Así, el menemismo debería ser entendido como un tipo de discurso hobbesiano, decisionista, o bien neodecisionista, cuya particularidad principal sería el establecimiento de un orden político que garantizó ejecutividad, seguridad, paz y certidumbre frente al caos social hiperinflacionario vinculado al período alfonsinista. No obstante, estos trabajos olvidan, ignoran o dejan a un lado que en el discurso menemista se haría presente también un fuerte elemento «populista», en el sentido laclausiano (Laclau, 2005), un componente discursivo de ruptura o transformación social en relación al pasado. Esta ruptura, que sólo fue posible a partir de la instauración y el éxito del Plan de Convertibilidad, estaba ligada al logro «tangible» y «real» de la estabilidad económica y del orden social, el inédito crecimiento y desarrollo de las variables económicas, la modernización y el progreso, el auge del consumo y el prestigio internacional alcanzados a partir del 1 a 1.

Como vimos, esta amplia cadena equivalencial interna de significantes articulada alrededor del éxito del Régimen de Convertibilidad y opuesta a la cadena equivalencial externa de inestabilidad económica, caos social, frustraciones, atraso, involución, decadencia, aislamiento internacional y frustración, le permitió a

³⁰ La importancia crucial que adquiere en la constitución del «lazo social», o bien, en la construcción social de todo orden que se pretenda legítimo, la corporización de una realidad inmediata que se materializa y «objetiva» sin la (supuesta) intervención mediada del lenguaje, ha sido destacada, si bien desde enfoques en gran medida diferentes, por autores como Jacques Lacan, con su concepto de «goce en el cuerpo» o «goce real» (2006, 2008) y Pierre Bourdieu, a partir de su noción clásica de «habitus» (1984 y 1991). Para un análisis que retoma en gran medida la teoría lacaniana para abordar el estudio de la materialización ideológica de la creencia, véase también Slavoj Žižek (1992).

Menem conformar un sólido discurso de ruptura social, un tipo de discurso de la plena performatividad que, a partir de su materialización en los hechos concretos observables en la realidad cotidiana, y frente a la crisis de la palabra política, le permitió trascender la imposibilidad del metalenguaje para alcanzar una plenitud Real no mediada por el propio lenguaje.

En ese contexto de ruptura social performativa, el discurso menemista logró articular y consolidar la frágil y endeble hegemonía constituida en 1989, tal como se expresaría en las sucesivas victorias obtenidas en las elecciones legislativas de 1991 y 1993 y el posterior triunfo alcanzado en las elecciones presidenciales de 1995, donde alcanzaría un contundente respaldo de casi el 50% de los votos.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS, GERARDO (1996): «De Malvinas al menemismo. Renovación y contrarrenovación en el peronismo», en: *Sociedad*, N° 10, Buenos Aires.
- ABOY CARLÉS, GERARDO (2001a): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- ABOY CARLÉS, GERARDO (2001b): «El ágora turbia: reflexiones sobre populismo y ciudadanía en la Argentina», en: Isidoro Cheresky e Inés Pousadela (comps.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- ABOY CARLÉS, GERARDO (2002): «Repensando el populismo», en: *Política y Gestión*, vol. 4, Rosario, Homo Sapiens.
- ABOY CARLÉS, GERARDO (2005): «Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación», en: *Estudios Sociales*, vol. 15, N° 28, primer semestre, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- ÁLVAREZ, ALICIA (2006): *La teoría de los discursos de Jacques Lacan. La formalización del lazo social*, Buenos Aires, Letra Viva.
- AUSTIN, JOHN (1998): *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- AZNAR, LUIS (1995): «Ajuste, gobernabilidad y democracia», en: Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.), *Política y sociedad en los años del menemismo*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires.
- AZPIAZU, DANIEL (1995): «La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétricas de la economía. La creciente polarización del poder económico», en: Daniel Azpiazu y Hugo Nochteff (eds.), *El Desarrollo ausente*, Buenos Aires, Tesis-Norma-FLACSO.
- BARROS, SEBASTIÁN (2002): *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción.
- BARROS, SEBASTIÁN (2006): «Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista», en: *Estudios Sociales*, vol. 16, N° 30, primer semestre, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- BASUALDO, EDUARDO (2000): *Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa*, Buenos Aires, UNQUI.

- BASUALDO, EDUARDO (2003): «Las reformas estructurales y el Plan de Convertibilidad durante la década de los noventa. El auge y la crisis de la valorización financiera», en: *Realidad Económica*, N° 200, nov.-dic., Buenos Aires, IADE.
- BASUALDO, EDUARDO (2006): *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires, Siglo XXI-FLACSO.
- BORÓN, ATILIO (1991): «Los axiomas de Anillaco. La visión de la política en el pensamiento y en la acción de Carlos Saúl Menem», en: AA.VV., *El Menemato. Radiografía de 2 años de gobierno de Carlos Menem*, Buenos Aires, Letra Buena.
- BORÓN, ATILIO (2000): «¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau» [1996], en: *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, CLACSO y FCE.
- BOSOER, FABIÁN y LEIRAS, SANTIAGO (1999): «Posguerra fría, «neodescisionismo» y nueva fase del capitalismo: el alegato del Príncipe-gobernante en el escenario global de los '90», en: Atilio Borón *et al.*, *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- BOSOER, FABIÁN y LEIRAS, SANTIAGO (2001): «Los fundamentos filosófico-políticos del decisionismo presidencial. 1989-1999», en: Julio Pinto (comp.), *Argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, EUDEBA.
- BOURDIEU, PIERRE (1984): *Sociología y cultura*, México DF, Grijalbo.
- BOURDIEU, PIERRE (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus,
- CAMPIONE, DANIEL y MUÑOZ, IRENE (1994): *El Estado y la sociedad. De Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Letra Buena.
- CANELO, PAULA (2002): *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, Buenos Aires, Documento de trabajo de FLACSO.
- CANELO, PAULA (2005): «Las identidades políticas en la Argentina de los años noventa: continuidades y rupturas entre peronismo y menemismo», *@mnis*, París.
- CANELO, PAULA (2006): «La descomposición del poder militar en la Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)», en Alfredo Pucciarelli (coord.), *Los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CAVAROZZI, MARCELO (1997): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.
- COPJEC, JOAN (2006): *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*, Buenos Aires, Paidós.
- DE ÍPOLA, EMILIO (1983): *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios.
- DE ÍPOLA, EMILIO y PORTANTIERO, JUAN CARLOS (1989): «Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes», en: Emilio De Ípola, *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- DE SAUSSURE, FERDINAND (1961): *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada.
- DOWNS, ANTHONY (1992): «Teoría económica de la acción política en una democracia», en: AA.VV., *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel, Barcelona.
- FABBRI, PAOLO (2000): *El giro semiótico*, Barcelona, Gedisa.
- FAIR, HERNÁN (2007a): *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Tesis de Maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Buenos Aires, mimeo.
- FAIR, HERNÁN (2007b): «El Plan de Convertibilidad y la articulación de la hegemonía menemista. Un estudio de caso de la primera presidencia de Menem (1989-1995)». Ponencia presentada en las 1º Jornadas de Economía Política, Campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 6 y 7 de diciembre. URL: http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/ecopol/Fair_Hernan.pdf
- FAIR, HERNÁN (2008a): «El proceso de reformas estructurales en Argentina. Un análisis del primer gobierno de Menem», en: *OIKOS*, N° 25, Chile, Facultad de Administración y Economía, Universidad Católica Silva Henríquez, julio.
- FAIR, HERNÁN (2008b): «Los cambios en la representación social de la Convertibilidad», en: *Querencia. Revista de investigación psicoanalítica*, N° 11, Uruguay, Facultad de Psicología, Universidad de la República

- Oriental del Uruguay, noviembre, 2008.
- FAIR, HERNÁN (2008c): «La función del significante convertible en la articulación discursiva de la identidad menemista», en: *Question, Revista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social*, N° 17, Universidad Nacional de la Plata.
- GAMBINA, JULIO y CAMPIONE, DANIEL (2002): *Los años de Menem. Cirugía mayor*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.
- GARCÍA DELGADO, DANIEL (1994): *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Buenos Aires, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mecanografiado.
- GERAS, NORMAN (1987): «Post-Marxism?», *New Left Review*, N° 163, may-june, pp. 3-27.
- GERCHUNOFF, PABLO y TORRE, JUAN CARLOS (1996): «La política de liberalización económica en la administración de Menem», en: *Desarrollo Económico*, N° 141, vol. 36, Buenos Aires, IDES.
- GIUSSANI, PABLO (1990): *Menem, su lógica secreta*, Buenos Aires, Sudamericana.
- GRANDES, MARTÍN (1999): «Inversión en maquinaria y equipos: un modelo econométrico para la experiencia Argentina 1991-1998», MEyOSP, Buenos Aires, Secretaría de Programación Económica.
- GUTIÉRREZ VERA, DANIEL (2004): «La textura de lo social», en: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, N° 2, México.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- HILB, CLAUDIA (1994): *Promesa y política. Promesas traicionadas y transición democrática*, Buenos Aires, Secretaría de Gestión Institucional, UBA.
- HOBBS, THOMAS (2004): *Leviatán*, Buenos Aires, Del Libertador.
- ISLA, ALEJANDRO, LACARRIEU, MÓNICA y SELBY, HENRY (1997): *Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem*, Buenos Aires, Norma-FLACSO.
- KERZ, MERCEDES y LEIRAS, SANTIAGO (2004): «Veinte años de democracia en la Argentina. ¿Qué democracia?», en: *Revista venezolana de Ciencia Política*, N° 25, Venezuela.
- KVATERNIK, EUGENIO (1995): «El peronismo de los '90. Un análisis comparado», en: Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.), *Política y sociedad en los años del menemismo*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires.
- KULFAS, MATÍAS (2001): «El rol del endeudamiento externo en la acumulación de capital durante la Convertibilidad», en: *Época*, vol. 3, N° 3, Buenos Aires.
- LACAN, JACQUES (1987): *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Texto establecido por Jacques Alain Miller, Buenos Aires, Paidós.
- LACAN, JACQUES (2003): *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LACAN, JACQUES (2005): *El triunfo de la religión*, Buenos Aires, Paidós.
- LACAN, JACQUES (2006): *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- LACAN, JACQUES (2008): *Seminario XX: Aun*, Buenos Aires, Paidós.
- LACLAU, ERNESTO y MOUFFE, CHANTAL (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE.
- LACLAU, ERNESTO (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LACLAU, ERNESTO (1996): *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- LACLAU, ERNESTO (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- LANDI, OSCAR (1988): «El discurso sobre lo posible», en: *Reconstrucciones*, Buenos Aires, Puntosur.
- LANDI, OSCAR (1992): *Devórame otra vez*, Buenos Aires, Planeta.
- MANGONE, CARLOS y WARLEY, JORGE (1994): «El discurso político», en: C. Mangone y J. Warley (eds.), *El discurso político. Del foro a la televisión*, Buenos Aires, Biblos.
- MANÍN, BERNARD (1992): «Metamorfosis de la representación», en: Mario Dos Santos y Fernando Calderón (comps.), *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.
- MARTÍNEZ, OSCAR (1991): «El escenario: febrero-julio de 1989. Terrorismo económico y desestabilización política», en: AA.VV., *El Menemato. Radiografía de dos años de gobierno de Carlos Menem*, Buenos Aires, Letra Buena.

- MARTUCELLI, DANILO y SVAMPA, MARISTELLA (1997): *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.
- MAYER, JORGE (1995): «Algunas notas sobre el menemismo», en: Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.), *Política y sociedad en los años del menemismo*, op. cit.
- MORA Y ARAUJO, MANUEL (1991): *Ensayo y error*, Buenos Aires, Planeta.
- NAVARRRO, MARIO (1995): «Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico», en: *Desarrollo Económico*, vol. 35, N° 139, Buenos Aires, IDES.
- NEGRETTO, GABRIEL (1994): *El problema de la emergencia en el sistema constitucional*, Buenos Aires, Ábaco.
- NOCHTEFF, HUGO (1995): «Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina», en: Daniel Azpiazú y Hugo Nochteff (eds.), *El Desarrollo ausente*, Buenos Aires, Tesis-Norma-FLACSO.
- NOVARO, MARCOS (1994): *Pilotos de tormentas: crisis de representación y personalización de la política en Argentina. 1989-1993*, Buenos Aires, Letra Buena.
- NOVARO, MARCOS (1995): «Menemismo y peronismo», en: Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.), *Política y sociedad en los años del menemismo*, op. cit.
- O'DONNELL, GUILLERMO (1992): «¿Democracia delegativa?», en: *Cuadernos del Claeh*, N° 61, Montevideo.
- PALERMO, VICENTE (1992): «Privatizaciones», en: AA.VV., *La fe de los conversos. 14 miradas sobre el Plan de Convertibilidad*, Buenos Aires, UNIDOS.
- PALERMO, VICENTE (1999): «¿Mejorar para empeorar? La dinámica política de las reformas estructurales argentinas», en: Marcos Novaro (comp.), *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado*, Buenos Aires, Norma.
- PALERMO, VICENTE y NOVARO, MARCOS (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Norma-FLACSO.
- PALERMO, VICENTE y TORRE, JUAN CARLOS (1992): *A la sombra de la hiperinflación. La política de reformas estructurales en Argentina*, Santiago de Chile, CEPAL.
- PUCCIARELLI, ALFREDO (1998): «¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina», en: *Sociedad*, N° 12/13, Buenos Aires.
- QUIROGA, HUGO (2005): *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires, Edhasa.
- RIKER, WILLIAM H. (1992): «Teoría de los juegos y de las coaliciones políticas», en: AA.VV., *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel.
- RIVERA, SILVIA (1998): «La influencia del giro lingüístico en la problemática de las ciencias sociales», en: E. Díaz (ed.), *La ciencia y el imaginario social*, Buenos Aires, Biblos.
- SCHMITT, CARL (1987): *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza.
- SCHMITT, CARL (2005): *Teología Política. Cuatro ensayos sobre la soberanía*, Buenos Aires, Struhart & Cía.
- SIDICARO, RICARDO (1995): «Poder político, liberalismo económico y sectores populares», en: AA.VV., *Peronismo y menemismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, pp. 119-156.
- SIDICARO, RICARDO (1998): «Cambios del Estado y transformaciones del peronismo», en: *Sociedad*, N° 12/13, Buenos Aires.
- SIDICARO, RICARDO (2003): *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- SIGAL, SILVIA y VERÓN, ELISEO (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa.
- SOTO, MARITA (2005): «Operaciones retóricas», en: *Cuadernos de la Carrera de Ciencias de la Comunicación Social*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mimeo.
- STATEN, HENRY (1984): *Wittgenstein y Derrida*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press.
- THWAITES REY, MABEL (1994): «La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso», en: L. Ferreira, L. Logiudice y M. Thwaites Rey, *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los '90*, Buenos Aires, Teoría crítica.
- THWAITES REY, MABEL (2003): *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- TODESCA, JORGE (2006): *El mito del país rico. Economía y política en la historia argentina*, Buenos Aires, Emecé.

TORRE, JUAN CARLOS (1991): «América Latina: el gobierno de la democracia en tiempos difíciles», en: *Estudios Políticos*, N° 74, Madrid.

VELTMEYER, HENRY (2006): «El proyecto postmarxista. Aporte y crítica a Ernesto Laclau», en: *Theomai*, N° 14. URL: <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/>

WAISBORD, SILVIO (1995): *El gran desfile. Campañas*

electorales y medios de comunicación en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana.

YANNUZZI, MARÍA DE LOS ÁNGELES (1995): *La modernización conservadora. El peronismo de los '90*, Rosario, Fundación Ross.

ZIZEK, SLAVOJ (1992): *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Registro bibliográfico

FAIR, HERNÁN

«El discurso de ruptura social del menemismo», en: ESTUDIOS SOCIALES, Revista Universitaria Semestral, año XIX, N° 37, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2009, pp. 127-161.

Descriptor - Describers

Menemismo, identidades, discurso, política, orden, ruptura social, hegemonía, signficante, plan de convertibilidad

Menemism, identities, speech, policy, order, social rupture, hegemony, significant, Convertibility Plan